

Entre dos culturas

El fútbol sueco y la globalización

Juan José Hervías Beorlegui

Un futbolista aragonés descubre en el fútbol sueco un espacio de convivencia global.



Ilustración: Óscar Baiges

Árboles, vegetación, pájaros, silencio y, de vez en cuando, algún ciervo perdido que cruza tranquilo y confiado a través del frondoso verde que se forma delante de mi ventana. Esto es todo lo que puedo ver desde mi casa de Norrviken en las afueras de Estocolmo.

La vida te ofrece pequeñas aventuras y oportunidades que están ahí fuera, esperando a que alguien las coja y las disfrute al máximo. Eso hicimos mi mujer y yo, hace casi tres años ya. Siempre he querido viajar, y el fútbol me ha permitido conocer innumerables ciudades y personas. Tras una carrera en España, decidí que mi próxima etapa futbolística

iba a ser en tierras vikingas. Hice las maletas, y sin darme cuenta ya estaba volando hacia Suecia.

Hoy en día, leemos y escuchamos continuamente, que el mundo tiende hacia una globalización de todos los países y culturas que pone en peligro la identidad y las peculiaridades propias de cada pueblo. Sin embargo, el fútbol acepta conceptos que, a priori, parecerían total y absolutamente contrapuestos: globalización y “desglobalización”. Ambos se mezclan de tal manera dentro del mundo del fútbol, que es difícil trazar la línea que los separa. De lo contrario, no podríamos ver, dentro de un vestuario de fútbol, personas tan

disparas trabajando conjuntamente por un objetivo mayor: el equipo.

Desde el primer momento de mi llegada a la ciudad de Östersund, en el norte de Suecia, pude comprobar que las diferencias que me separaban de mis nuevos compañeros iban a ser, paradójicamente, el nexo de unión entre nosotros. El hecho de hablar castellano, les resultaba lógicamente “exótico”, por decirlo de alguna manera; sin embargo, todavía les resultaba más extravagante, el hecho de que fuera licenciado en historia del arte y que estuviese haciendo una tesis doctoral. Aún recuerdo la cara de mi entrenador, un *manager* inglés, cuando le pedí un par de

días libres para volverme a España y presentar mi tesina. A día de hoy, sospecho que no le ha quedado muy claro todavía qué tenía que hacer un jugador suyo en la Universidad de Barcelona.

En cuanto a mi vida diaria en Suecia como futbolista, nada parecía diferente a cualquier otro equipo español en el que había militado anteriormente. Incluso el clima parecía haberse alineado de mi parte, obsesquándome con una cálida bienvenida. Llegué a la conclusión de que la vida en Suecia y el fútbol sueco no eran tan diferentes como podía parecer a priori... nada más lejos de la realidad. Tras finalizar una de las primeras sesiones de entrenamiento, comprobé que mis compañeros suecos y yo teníamos diferentes formas de entender y mostrar un enfado. Para ellos el simple hecho de perder un partido no era, en absoluto, un motivo para enfurecerse, ni mucho menos enervarse como yo lo hice. Pude constatar en ese preciso momento que el fútbol no era igual de importante para ellos, como lo era para un amante del fútbol del sur de los Pirineos. Mis desconcertados compañeros suecos, no parecían muy acostumbrados a ver reaccionar de esa manera a un jugador. Por sus expresiones y posteriores aclaraciones deduje que mi carácter, más latino, les cogió desprevenidos a todos. En ese preciso instante solamente se me pasaba un pensamiento por la cabeza: ¡Qué temporada más larga me espera!

Pero si en las derrotas reinaba una paz inquietante, no era menos la armonía y la serenidad que imperaba después de una victoria. Cada uno entraba al vestuario hablando de cuáles eran sus planes para el fin de semana, en vez de alegrarse o dar algunos gritos de júbilo tras el buen partido. Bueno, he de decir, en honor a la verdad, que sí que cantaban algo, una especie de “arenga guerrera” postpartido que rezaba “Hip, Hip Hurra”, repetida varias veces hasta que creían que era suficiente con la

celebración, lo que solía traducirse en 10/15 segundos cantando “hip, hip hurra”. Después, volvían de nuevo, a los planes para su fin de semana.

Sin embargo, estas diferencias, me han permitido conocer más a fondo a estos compañeros tan diferentes. Fundamentalmente durante los largos viajes que teníamos cuando nos tocaba jugar como visitante. Más de una vez, mantuve curiosas conversaciones —por no citarlas de surrealistas— en las que mis compañeros me hablaban de la época de caza del alce o del esquí de fondo, y yo les hablaba de Francisco Goya. Un guion perfecto para Luis Buñuel.

“ En cuanto a mi vida diaria en Suecia como futbolista, nada parecía diferente a cualquier otro equipo español en el que había militado anteriormente. ”

Afortunadamente, poco a poco, se fueron incorporando jugadores de muchas otras nacionalidades que enriquecieron, todavía más si cabe, esta experiencia. Así pues, había mexicanos, ghaneses, ingleses, croatas, coreanos y por supuesto suecos. De hecho, tras finalizar la primera temporada y conseguir el primer ascenso de categoría, los únicos que nos quedamos bailando y celebrando el ascenso en el vestuario —como la ocasión lo requería— fuimos los jugadores ghaneses y yo; mis compañeros suecos, de nuevo, estaban planeando qué iban a hacer ese fin de semana. Aunque esta vez al menos se incluía una cena de celebración en sus planes. Y es aquí donde todo cambiaba... tras unas cuantas copas de vino y cerveza, aquellos suecos tranquilos, tímidos y comedidos, se convertían en personas abiertas, dicharacheras, desinhibidas y, especialmente, en virtuosos intérpretes de la versión sueca “Macarena”. Creo que

no he vuelto a oír pronunciar mejor a un sueco la palabra “Macarena” en todos los años que he estado en Suecia como aquel día, Los señores del Río estarían orgullosos.

Pero es en mi nueva etapa en la gran ciudad, Estocolmo, donde la riqueza de nacionalidades de mi equipo ha producido que me sienta como en casa. Especialmente por el idioma. Obviamente, usamos el sueco para comunicarnos con entrenadores y con los jugadores locales. Sin embargo, el castellano es el idioma rey, en un equipo sueco compuesto por un grupo de jugadores provenientes de todos los rincones de mundo. Brasileños, uruguayos, chilenos, italianos, ingleses, americanos, suecos y un español conforman la plantilla. Es cuando menos curioso, que en un equipo escandinavo, se escuchen diariamente palabras en español como: “pásame la pelota”, “estoy solo”, “tranquilo”, “vamos”... teniendo en cuenta que la ciudad más cercana de habla castellana se encuentra a más de 3000 km de aquí. El castellano nos ha unido y nos ha dado al mismo tiempo un sello de identidad.

Bonitos recuerdos de aquellos días en el frío norte de Suecia, que me han llevado a pensar que dentro de este espacio verde con dos porterías es donde las desigualdades entre razas podrían ser superadas y aplicadas a otras facetas de nuestra vida y saber que, si queremos superar esa barrera llamada intolerancia que hoy en día separa pueblos y personas, deberíamos comenzar por dar una oportunidad a todo aquello que es diferente a nosotros. De lo contrario, jamás hubiese podido contemplar en un mismo terreno de juego, a mis compañeros suecos equipados solamente con una sudadera y unos guantes; mientras que observaba a mis amigos ghaneses, pertrechados, cual ninjas, con pasamontañas, dos pares de guantes, chubasqueros cortavientos y medias térmicas, intentando paliar el gélido frío de enero. Pero eso es otra historia...